TEMAS no. 14: 57-68, abril-junio de 1998.

Una sociedad que envejece: retos y perspectivas

Alberta Durán Gondar
Ernesto Chávez Negrín

Investigadores. Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas.

En un sentido muy general, el envejecimiento es la transformación de cualquier aspecto de la realidad que tiene lugar en el proceso de su interacción con el medio.

En lo referido a la especie humana en particular, se reconocen distintos tipos de envejecimiento, entre los que sobresalen el individual y el demográfico o poblacional. Por envejecimiento individual se entiende el proceso de evolución, hasta ahora irreversible, que experimenta cada persona en el transcurso de su vida; y por envejecimiento poblacional, el incremento de la proporción de ancianos con respecto al conjunto de la población a la que ellos pertenecen.

Esta doble interpretación del término da lugar a que el análisis del envejecimiento deba hacerse en dos planos diferentes: el social y el individual. En ese mismo orden lo abordaremos, atendiendo primero a sus características y peculiaridades sociodemográficas y después a las referidas al anciano como individuo.

La sociedad que envejece

De inicio, puede afirmarse que el envejecimiento de la población cubana, tanto en un sentido como en otro, ha sido un tema poco tratado desde el punto de vista institucional y científico hasta épocas muy recientes. Durante las etapas de dominio colonial español y de la república capitalista dependiente, apenas se le prestó atención gubernamental ni aparecieron estudios importantes sobre este particular. Aunque a partir del triunfo de la Revolución, en 1959, comenzaron a efectuarse cambios radicales en la atención médica y social de toda la población —y por lo tanto, de la tercera edad— es en 1978 cuando aparece el primer programa de atención al anciano, conocido por «Modelo de atención comunitaria».[1]

En la década de los 80 se pone en vigor la ley 24 de seguridad social, se amplían los servicios de geriatría del sistema nacional de salud, tanto en hospitales como en la atención comunitaria brindada por el médico de la familia, y surgen movimientos como los círculos y las casas de abuelos, lo cual muestra la importancia creciente que el Estado le asigna a la tercera edad.

Algo más adelante, y continuando esa misma línea, se inaugura en 1992, en La Habana, el Centro Iberoamericano de la Tercera Edad (CITED), cuyos objetivos fundamentales son asistenciales, investigativos

y de formación de recursos humanos para la atención a este sector poblacional.[2]

Los logros sociales, aunque insuficientes aún para cubrir las necesidades de esta población en aumento, son comparativamente mayores que la investigación referida a este grupo.

A pesar de valiosos esfuerzos por conocer mejor a nuestros ancianos y al proceso de envejecimiento en Cuba,[3] es obvio que aún faltan muchos aspectos por analizar con mayor profundidad, e incluso por comenzar a investigar, entre los que pueden señalarse:

- Las consecuencias que tendrá el proceso de envejecimiento a mediano y largo plazo en las condiciones concretas de nuestro país.
- Las características particulares de las personas de la tercera edad en función de variables como el género, la inserción socioclasista, el nivel educacional, el estado conyugal, el lugar de residencia, el color de la piel, etc.
- Sus potencialidades productivas.
- Las características de su convivencia familiar.
- Las condiciones de vida de los ancianos sin amparo familiar.
- Las formas de violencia hacia la tercera edad.
- La utilización del tiempo libre por los ancianos.
- Sus formas de recreación.
- La vida cotidiana de los ancianos en instituciones.

Veamos ahora, muy brevemente, cómo ha tenido lugar el proceso de envejecimiento en Cuba.

Apenas finalizada la Guerra de independencia, en 1899, solo vivían 72 000 cubanos que ya habían cumplido los 60 años, lo que representa un anciano por cada 22 personas de la población total; en 1953 había 400 000 miembros de la tercera edad —uno por cada 15 individuos—; y actualmente ya suman 1,46 millones, o sea, uno por cada 8 cubanos.[4]

El incremento sostenido y creciente de la proporción de ancianos se ha derivado de la modificación de los patrones reproductivos, conocida por «transición demográfica». Esta se inicia con elevados niveles de fecundidad y mortalidad, y finaliza con niveles similares, pero reducidos, de esas variables; luego de pasar por etapas intermedias de descenso, primero de la mortalidad y después de la fecundidad.

El sentido común se resiste, muchas veces, a aceptar que el aumento de la proporción de ancianos en una sociedad no tenga su causa fundamental en el alargamiento de la vida y en la reducción de la mortalidad en esas edades, porque el acto de morir se asocia inconscientemente con el hecho de tener una edad avanzada. Pero, en realidad, la mayoría de las muertes, a nivel mundial, se produce en los primeros años de la vida; en consecuencia, cuando desciende la mortalidad se benefician sobre todo los niños y no los ancianos, por lo que en tales casos la población, lejos de envejecer, se rejuvenece.

Puede afirmarse entonces que, un tanto paradójicamente, el factor clave del envejecimiento demográfico es la reducción de la fecundidad. Por ende, el estudio de aquel puede llevarnos a reflexionar sobre temas aparentemente tan distantes como las actitudes de los jóvenes con respecto al matrimonio; el nivel de conocimiento, acceso y utilización de los métodos anticonceptivos por parte de las parejas; los motivos que guían a las familias para tener pocos hijos y, en un sentido más general, la forma que adopta cada población para darse continuidad a sí misma. El envejecimiento demográfico, más que un tema vinculado con el pasado, resulta más bien una manera peculiar —e históricamente novedosa— de proyectarse hacia el futuro.

En la presente década, como consecuencia sobre todo del abrupto descenso de la fecundidad —ya baja desde fines de los años 70— se ha intensificado el proceso de envejecimiento en nuestro país; su nivel actual puede clasificarse como intermedio a escala internacional: 13,1% de su población total son personas de 60 años o más. Entre sus características y consecuencias principales se encuentran:

- Es un hecho predominantemente femenino y urbano.
- Alcanza sus valores máximos en la capital y en las provincias centrales del país, y los mínimos en las provincias orientales y en el municipio especial Isla de la Juventud.
- Da lugar a un rápido incremento de los gastos de seguridad social, que se han elevado de 300 millones de pesos en 1971 a 1 582 millones en 1997.
- Aumenta la demanda de bienes y servicios relacionados con la tercera edad, en especial los referidos a la atención médica.
- Incrementa la significación estadística de las causas de muerte asociadas con el deterioro natural del organismo humano en las edades avanzadas, tales como las enfermedades cardiovasculares, los tumores malignos y las afecciones cerebrovasculares.

Por otra parte, los ancianos cubanos se caracterizan en la actualidad por:

- Mostrar una elevada esperanza de vida (algo más de 20 años para ambos sexos, como promedio, al

cumplir los 60 años) comparable a la de los países económicamente desarrollados.

- Poseer un nivel de instrucción relativamente bajo: alrededor del 85% de ellos no rebasan el nivel de los estudios primarios. Este índice irá mejorando en el futuro, en la medida en que arriben a la tercera edad las generaciones más beneficiadas por las oportunidades de realizar estudios medios y superiores que trajo consigo la Revolución.
- Convivir fundamentalmente en el seno de sus respectivas familias y, en muchos casos, actuar como jefes de esos núcleos; si bien quizás no siempre de forma efectiva, al menos según el reconocimiento de los demás integrantes de estos.

De especial significación resulta identificar las particularidades del proceso de envejecimiento poblacional en nuestro país con respecto al que tiene lugar en otras naciones. Tal proceso tiene en Cuba similitudes con el ocurrido en otros países. Entre sus rasgos comunes están el constituir el resultado de una transición demográfica completa; afectar en mayor medida a las mujeres y a los territorios más urbanizados; influir en la reducción del tamaño de la familia, así como en el desempeño de sus funciones, etc. Sin embargo, también tiene diferencias o particularidades importantes que deben ser reconocidas. Entre ellas, las principales son las siguientes:

- La transición demográfica y el consecuente proceso de envejecimiento han tenido lugar preferentemente en países con un alto nivel de desarrollo socioeconómico —la mayoría europeos—, de manera que ambos procesos se han considerado como resultados de ese mismo desarrollo. En Cuba, la evolución del comportamiento demográfico después del triunfo de la Revolución se ha derivado más del progreso social que del económico. En particular en la presente década, durante el Período especial, la reducción de la fecundidad que ha tenido lugar es atribuible al empeoramiento de las condiciones económicas, así como a la permanencia de los avances sociales.
- Las transiciones demográficas ocurridas en otros países, especialmente en lo tocante a la reducción de las tasas de fecundidad, han sido procesos paulatinos que han demorado varias decenas de años o hasta más de un siglo. Alemania, por ejemplo, tardó unos setenta años para bajar su tasa de natalidad de 34 a 15 por mil,[5] mientras que en Cuba esa tasa cayó abruptamente de 35,1 en 1963 a 14,0 por mil en 1981, es decir, en menos de veinte años.[6]
- El proceso de envejecimiento en Cuba, a diferencia de lo que ocurre en otros países, se ve en cierta forma «enmascarado» en el presente, debido a la gran masa de población adulta joven —entre 24 y 38 años principalmente— con que ahora contamos. Esta fue el resultado del aumento de la fecundidad que tuvo lugar entre 1960 y 1974, cuando nacieron en conjunto más de 3,6 millones de niños, y que precedió a una abrupta caída. Ese comportamiento singular hará que el proceso de envejecimiento en Cuba se agudice extraordinariamente a partir del año 2020 hasta el 2035, cuando solo en 15 años arriben a la edad de retiro los sobrevivientes de aquel *boom* de natalidad. Una eventual postergación por cinco años de esa edad de retiro solo retardaría un quinquenio el enfrentamiento al problema desde el punto de vista laboral, pero no significaría una solución.
- Los restantes países con alto nivel de envejecimiento actual o perspectivo, debido a su nivel de desarrollo económico, por lo general atraen a inmigrantes de otros países, y en caso de necesitar fuerza de trabajo joven, con fortaleza física para desarrollar ciertas tareas en un determinado momento, pueden apelar a la inmigración. Sin embargo, Cuba no solo carece de recursos en ese sentido, sino que sistemáticamente ha presentado, desde 1960, un saldo migratorio externo negativo, en el cual, si bien en las décadas de los años 60 y 70 tuvieron un gran peso las mujeres de edad avanzada y los niños, a partir de los 80 se hacen preponderantes los hombres adultos jóvenes. Entre 1994 y 1997, el saldo migratorio externo negativo del país fue de 123 044 personas.[7] Además, el acuerdo migratorio con los Estados Unidos, por el cual se posibilita la salida de 20 000 personas cada año, se mantiene vigente.
- El envejecimiento más agudo se está produciendo ahora en la casi totalidad de los países europeos, de modo que la desaceleración del crecimiento poblacional que este significa no traerá aparejados cambios muy importantes en el ordenamiento según magnitudes de sus montos demográficos respectivos. En el caso de Cuba, sin embargo, como su proceso de envejecimiento es mucho más intenso y acelerado que el de los restantes países de América Latina y el Caribe, se ha venido dando (y se espera que se intensifique en los próximos años) una notable disminución de su peso demográfico dentro de la subregión. Si en 1950 ocupaba el séptimo lugar entre los países más poblados de América Latina y el Caribe y representaba el 3,5% de su población, en 1995 ocupó el lugar número 9, con el 2,3% de la población continental, y se prevé que en el año 2025 baje al lugar número 12 y agrupe al 1,7% de los

latinoamericanos y caribeños. Hacia el año 2050, de no producirse cambios dramáticos en las tendencias previstas, es muy probable que Cuba ocupe el puesto décimosexto entre los países latinoamericanos, de acuerdo con el número de sus habitantes, con lo cual habría descendido nueve lugares en un siglo.[8]

- En muchos países del Tercer mundo y en otros económicamente desarrollados, se está produciendo un proceso de envejecimiento sin que represente un peligro futuro de despoblación, ya que la fecundidad en ellos está bajando —o ya es baja— sin dejar de garantizar el reemplazo generacional. En Cuba, desde 1978, la tasa bruta de reproducción[9] se halla por debajo de 1; desde 1992, apenas alcanza el valor de 0,7;[10] y según lo previsto por los especialistas de la Oficina Nacional de Estadísticas, se espera que continúe por debajo de 1 al menos hasta el quinquenio 2010-15, cuando se considera que puede llegar a 0,85.[11] De cumplirse ese supuesto, que en las condiciones actuales parece incluso «demasiado optimista», el país mostraría, durante 38 años en forma consecutiva, una fecundidad que no garantiza el reemplazo poblacional, lo que, unido a la probable continuación de un saldo migratorio externo negativo, daría lugar a que nuestra población posiblemente comenzara a decrecer en cifras absolutas de manera sistemática entre los años 2015 y 2025. De no modificarse las tendencias demográficas actuales —fundamentalmente la fecundidad y las migraciones externas—, el envejecimiento agudo constituiría una etapa inicial en el camino hacia la despoblación.

- El proceso de envejecimiento en Cuba tiene lugar en condiciones de enfrentamiento político agudo y prolongado con un país poderoso y cercano —los Estados Unidos—, en donde reside además una población de cubanos integrada por más de un millón de personas. De cumplirse, en la práctica, las previsiones demográficas ya conocidas, e irse incrementando sostenida y rápidamente, en el futuro próximo, la proporción de ancianos en nuestro país, mientras se reduce la de jóvenes —y si no tiene lugar al mismo tiempo un desarrollo socioeconómico y tecnológico importante—, se produciría un descenso de nuestras potencialidades productivas y defensivas, que pudieran eventualmente alentar los intentos norteamericanos de ejercer una mayor influencia sobre Cuba mediante la utilización de procedimientos tanto civiles como militares.

Como se puede entrever de lo antes expresado, la significación de los ancianos y del proceso de envejecimiento en nuestra sociedad alcanzará su mayor relevancia en los próximos años. Si ahora hay una persona de la tercera edad por cada ocho cubanos, se espera que haya una por cada cinco en el 2015; una por cada cuatro en el 2025; y una por cada tres en el 2035, proporción que se mantendría estacionaria por lo menos hasta el año 2050.[12]

De verificarse estos pronósticos en la práctica, ya desde el año 2025 nos convertiríamos en el país más envejecido entre todos los latinoamericanos y caribeños, entre todos los de importante proporción de población negra y mestiza en su composición étnica, entre todos los situados en climas cálidos, y entre todos los del Tercer mundo.

Al mismo tiempo, estaríamos sin duda en un nivel muy próximo al de los países europeos más envejecidos.

Adicionalmente, se prevé que el número de personas mayores de 75 años experimentará un crecimiento particularmente notable, de modo que ellas llegarían a representar uno de cada trece cubanos en el 2025, y uno de cada seis en el 2050.[13]

Cabe preguntarse qué representan todas esas cifras y pronósticos. ¿Tienen solo un significado estadístico o denotan otras implicaciones? A nuestro modo de ver, ese intenso proceso de envejecimiento que se nos viene encima tendrá un efecto inmenso sobre toda la vida económica, social y política del país; sobre las costumbres, tradiciones y forma de ser del cubano; sobre la psicología social, los temas de conversación y la vida cotidiana en general; en síntesis, constituirá uno de los fenómenos sociales de mayor impacto en nuestra historia como nación, con repercusiones muy profundas para la sociedad en su conjunto y para cada uno de sus miembros.

Por otra parte, resulta evidente que las tendencias demográficas actuales relativas a la fecundidad y a las migraciones externas deberán modificarse en el futuro; pero teniendo como premisa fundamental el respeto al derecho de las familias y de los individuos a determinar sus propios destinos. O sea, que no se trata de instrumentar medidas de carácter meramente administrativo, tales como prohibir las interrupciones de embarazos, restringir el suministro de medios anticonceptivos a la población o desautorizar la emigración legal del país.

Los retos asociados al envejecimiento poblacional que plantea el futuro son numerosos y diversos. Ante todos ellos, la única respuesta viable es el desarrollo económico y tecnológico sostenido y sostenible del país, que fundamentaría la obtención, entre otros, de los siguientes objetivos:

- Garantizar la continuidad de los avances sociales en materia de educación, salud pública, seguridad social, etc. alcanzados después del triunfo de la Revolución.

- Contrarrestar el previsible déficit perspectivo de fuerza de trabajo en sectores fundamentales, en los que se

De no modificarse las tendencias demográficas actuales —fundamentalmente la fecundidad y las migraciones externas—, el envejecimiento agudo constituiría una etapa inicial en el camino hacia la despoblación.

requiere más esfuerzo físico, como la agricultura, la construcción y la industria, entre otros.

- Impedir el descenso del nivel de vida como consecuencia del incremento de personas ancianas económicamente dependientes.
- Compensar el efecto del descenso de la significación demográfica de Cuba en el contexto latinoamericano.
- Mantener a un nivel adecuado las potencialidades productivas y defensivas del país.

Debido a múltiples motivos —económicos, geográficos, históricos, demográficos, políticos— Cuba está prácticamente obligada a desarrollarse económica y tecnológicamente en el primer cuarto del siglo XXI.

Si las consecuencias, a más largo plazo, del envejecimiento poblacional todavía no se han establecido en toda su magnitud —ni siquiera en las naciones del occidente y norte europeo, donde dicho proceso es más antiguo—, resulta evidente que, en la Isla, el hecho de enfrentar con éxito el brusco cambio estructural que se aproxima, es un desafío aún mucho mayor. Este reto pondrá a prueba la inteligencia y creatividad de los cubanos; su espíritu de laboriosidad y de solidaridad intergeneracional; sus valores espirituales y su madurez como nación.

El envejecimiento individual

El envejecimiento individual ha sido, a diferencia del poblacional, un aspecto sumamente «estudiado» en la historia de la humanidad. Desde las búsquedas de fuentes de la eterna juventud hasta las investigaciones médicas más recientes, algo se ha logrado avanzar en la precisión de causas y consecuencias del envejecimiento biológico del organismo.

No se ha adelantado tanto en el análisis desde lo psicológico y lo social: poco se conoce de las características de personalidad de esta etapa del desarrollo psíquico y de los adultos mayores como grupo social. Así, los ancianos, senescentes, abuelos, personas mayores o de la tercera edad —como se les llama a las que están o que han sobrepasado la séptima década de vida— muestran, desde sus múltiples denominaciones como grupo social, la variedad de criterios que de una u otra forma permean su definición en lo cotidiano y en la labor científica.

Sinónimos de anciano, en nuestra lengua, según el diccionario de Sainz de Robles, editado en 1978, son las palabras acartonado, avejentado, acabado, viejo, vetusto, vejete y vejestorio; también chocho, carcamal, decrépito, cotorrón, caduco, senil y otros, hasta 33 términos que, en su casi totalidad, reflejan la desvalorización, el rechazo y los prejuicios hacia esta etapa de la vida, en una clara muestra de cómo se han percibido históricamente, desde lo social, sus características sociopsicológicas.

El proceso de envejecimiento individual que alcanza la tercera edad, hace que la persona se enfrente, en general, a una serie de «pérdidas». Los que trabajan se acogen a la jubilación; para unos, ese momento representa el descanso de una actividad laboral que agota, pero para muchos significa una ruptura con su historia personal. Para la mayoría de los ancianos se produce una reducción del contacto social, pérdidas de familiares y amigos, económicas, de *status* social y del nivel de autoestima, que generan estrés y exigen recursos para la adaptación a los nuevos cambios.

La reducción de las capacidades físicas, que pueden estar unidas a problemas de salud, constituyen pérdidas inevitables en todo proceso de envejecimiento. Para las personas mayores, estas se expresan, al menos, en la mayor fatigabilidad del sujeto en la ejecución de tareas, en la reducción de capacidades sensoriales —deficiencias visuales y auditivas— y motoras. Estas peculiaridades fisiológicas tienen repercusiones en el plano psicológico del anciano e influyen en su sentimiento de bienestar. Un poeta argentino, Baldomero Fernández Moreno, dijo que «la vejez es un cansancio que no se nos quita al otro día, como creíamos ingenuamente al acostarnos».

Cada sujeto, como individualidad, enfrenta las «pérdidas» de diferente naturaleza, en función de su personalidad. Unos aceptan las nuevas realidades, simplemente, de forma pasivo-dependiente; otros buscan reemplazar los roles perdidos con nuevos roles (de abuelo, vecino, miembro de organizaciones, etc.), y se incorporan a nuevas actividades sociales que les resulten de interés y les permitan disfrutar del tiempo